



LOS
MOVIMIENTOS
SOCIALES,
1768 - 2008

DESDE SUS ORIGENES A FACEBOOK

CHARLES TILLY

LESLEY J. WOOD



LIBROS DE HISTORIA

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original: *Social Movements, 1768-2008*

Diseño de la cubierta: Jaime Fernández
Ilustración de la cubierta: © The Gallery Collection/Corbis
Realización: Átona, SL

© 2009 by Paradigm Publishers, LLC
© 2010 de la traducción castellana para España y América:
Editorial Crítica, S.L., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

ISBN: 978-84-9892-045-1
editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es
Depósito legal: B-39.651-2009
Impreso en España
2010.– Impreso y encuadernado por Egedsa (Barcelona)

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

Cuando, en junio de 2003, los amables trabajadores del hospital presbiteriano de Nueva York comenzaron lo que, en un alarde de optimismo, habían de ser inicialmente cuatro o cinco meses de quimioterapia y demás tratamientos relacionados para combatir un linfoma, me plantearon una disyuntiva interesante: o me deprimía por mi situación de invalidez o me inventaba un proyecto especial que diera sentido a aquel difícil interludio. Animado por los amigos que habían plantado cara a la adversidad, la segunda opción parecía mucho más atractiva. Después de mucho tiempo pensando que otra persona debería escribir el libro que llevas tiempo imaginando, me puse manos a la obra para tranquilizarme durante la primera sesión de quimioterapia, fantaseando con que su punto y final llegaría el último día de tratamiento, precisamente cuando la última gota de química entrara en mis venas. Como la mayoría de fantasías, no acabó de ser así. Sin embargo, los meses de quimioterapia me ayudaron a adquirir disciplina, y completé el libro durante —esperamos que así sea— la última y exitosa fase del tratamiento.

Aunque antes de los años setenta apenas hablé de «contendientes», no bauticé como «contienda» el tema de mis estudios hasta los años ochenta y no empecé a teorizar sobre la «contienda políti-

ca» hasta los años noventa. Durante medio siglo gran parte de mi trabajo ha versado sobre cómo, cuándo, dónde y por qué la gente corriente plantea reivindicaciones colectivas a las autoridades públicas, otras instancias de poder, competidores, enemigos y objetos de la desaprobación pública. Durante años, evité deliberadamente la expresión «movimiento social» porque abarcaba tantos significados diferentes que, más que clarificadora, resultaba confusa. La redacción de listas detalladas con los diferentes episodios contenciosos que se produjeron entre el siglo xvii y el siglo xx en Europa Occidental y Norteamérica me hizo cambiar de parecer. Aquellos listados me mostraron que fue ahí, entre 1750 y 1850, donde se dieron los grandes cambios en los distintos medios que empleaba la gente corriente para plantear sus reivindicaciones ante terceros —los repertorios de contienda—; que, a pesar de unas diferencias temporales entre un régimen y otro considerables, en todos ellos estos cambios conformaron un todo del que emergió una combinación única de campañas, actuaciones y demostraciones. Tanto los participantes como los observadores comenzaron a bautizar como «movimiento» aquella nueva forma de hacer política. Así las cosas, ¿por qué no estudiar ese cambio?

A pesar de la tendencia actual a dar el nombre de «movimiento» a todo, desde una moda hasta los grupos de interés ya consolidados, la emergencia, la transformación y la supervivencia de esa forma nueva y única de política merecía que se le prestara atención desde un punto de vista histórico. No sin un cierto miedo ante probables conflictos entre áreas de conocimiento o polémicas a la hora de establecer una definición, decidí recurrir a la expresión estándar, «movimiento social», en lugar de acuñar un sustituto como «movimiento social consolidado» o «el tipo de movimiento social que apareció primero en Europa Occidental y en Norteamérica a finales del siglo xix». No cabe duda de que ha simplificado mucho el texto.

Por fortuna para la amistad y para futuras colaboraciones, en el libro que más se asemeja a este en términos de tesis y contenidos,

mi amigo y colaborador Sidney Tarrow rechaza explícitamente embarcarse en la historia de los movimientos sociales (Tarrow, 1998, p. 3). Este libro, por lo tanto, coge el relevo del extraordinario estudio que hizo Tarrow sobre los movimientos sociales. Movimientos sociales, 1768-2004 presenta una perspectiva histórica de los movimientos sociales, desde sus orígenes en el siglo xviii hasta llegar al siglo xxi, y se cierra especulando con el futuro de los movimientos sociales.

*Para evitar que el texto abunde en referencias a mis publicaciones previas, he recurrido libremente a mis trabajos del pasado, las más de las veces sin explicitarlo. He adaptado algunos pasajes de *Stories, Identities, and Political Change* (Rowman and Littlefield, 2002), *Violencia Colectiva* (Hacer, 2007) y *Contienda política y democracia en Europa* (Hacer, 2008). Sin embargo, no menos del 95 por ciento del contenido del libro es original.*

Quiero dar las gracias por su labor a la hora de recabar información, citas, reseñas y por sus consejos editoriales a Lance Bennett, Vince Boudreau, Pamela Burke, Dana Fisher, Elisabeth Jay Friedman, William Ivey, Vina Lanzona, Daniel Menchik, Vicente Rafael, Sidney Tarrow, Cecilia Walsh-Russo, Lesley Wood y Viviana Zelizer. Confío en que estarán agradablemente sorprendidos con lo que ayudaron a crear.

Charles Tilly

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Charles Tilly murió justo antes de acabar la nueva edición de este libro. Desde su fallecimiento, se han multiplicado las anécdotas sobre su persona: historias de sus años como profesor, de su amabilidad o de su riguroso y prodigioso saber académico. Fueron legión los estudiantes que se asombraron ante su capacidad para abrirles los ojos por medio de un puñado de preguntas pertinentes. Y siguió planteando este tipo de preguntas hasta su muerte.

Tal y como ya explicaba en el prefacio a la primera edición, este libro es una breve respuesta a una serie de preguntas recurrentes. ¿Por qué los movimientos sociales son tan parecidos en todo el mundo y cómo y por qué se han convertido estos movimientos en una de las principales plataformas de acción política en todo el planeta?

Desde su aparición, Tilly escribió abundantemente —y pertinentemente— sobre la protesta, la organización social y las relaciones políticas. Los libros publicados durante los últimos cuatro años son *Contienda política y democracia en Europa, 1650-2000* (2004), *Trust and Rule* (2005), *Identities, Boundaries, and Social Ties* (2005), *Regimes and Repertoires* (2006), *Why?* (2006), *Democracy* (2007), *Credit and Blame* (2008) y *Contentious Performance* (2008). Junto con Sid Tarrow, también escribió *Contentious Poli-*

tics (2006). No listaré el sinfín de artículos para revistas, capítulos de libros y volúmenes en los que trabajó como editor. He intentado incorporar las ideas de estos nuevos trabajos en el texto allá donde lo he considerado apropiado.

Durante ese mismo período de tiempo, en un universo más amplio como el de la contienda política, hemos asistido a la aparición del movimiento social en nuevos rincones del globo. En Estados Unidos hemos visto aparecer nuevos ciclos contestatarios a propósito de la inmigración, las discapacidades, las luchas del primer mundo y, en un sentido más amplio, los derechos humanos. Algunos de los movimientos que en 2004 estaban creciendo han comenzado a fragmentarse. Entre estos, cabe destacar el movimiento global contra la guerra que salió a la calle para protestar por las guerras de Irak y Afganistán, así como algunas facciones del movimiento por una justicia global. En todo el mundo, los movimientos indígenas y los movimientos que se ocupan del cambio climático están ganando fuerza. En América Latina, los movimientos indígenas han tomado las riendas de algunos Estados-nación mientras que, en otros países, están exigiendo un mayor grado de autonomía con respecto al aparato del Estado. En ese mismo período de tiempo, los movimientos a favor de la democracia en México, Birmania, Tíbet, Pakistán o Zimbabue, entre otros lugares, han ganado visibilidad. Con todo, en muchas de estas zonas el éxito de estos movimientos no es evidente a primera vista. El conflicto étnico, la desigualdad económica y la represión siguen limitando las posibilidades de movilizar a las bases y al pueblo.

Chuck me pidió, en 2006, que trabajara en *Movimientos sociales*, tal vez consciente de que la muerte le llegaría antes de poder acabarlo. Discutimos qué revisiones serían útiles y adecuadas, y he intentado incorporarlas aquí de tal modo que los estudiantes de los movimientos sociales y la contienda política puedan profundizar en la aparición y el desarrollo del movimiento social. He incluido un puñado de ejemplos recientes, entre ellos las movilizaciones medio-

ambientales en China y las revueltas de Birmania y del Tíbet. Asimismo, he incorporado material sobre los últimos avances en las tecnologías de la información y he comentado sus efectos. Aunque la tesis general sigue siendo la misma que la de la primera edición, he realizado un par de cambios: he enfatizado las dinámicas de género, clase y raza subyacentes en la aparición del movimiento social y me he preguntado si el ritmo actual de la globalización está perdiendo empuje. Con la salvedad del capítulo 5, en el que la mayoría del material es de mi propia cosecha, he conservado el texto en primera persona porque, evidentemente, este es el libro de Chuck.

Por último, quiero dar las gracias a Sid Tarrow y a Chris Tilly por su ayuda a la hora de cerciorarse de que no arruinaba el tono y el mensaje del texto.

Lesley J. Wood

Capítulo 1

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES COMO POLÍTICA

«La construcción de un movimiento social fuerte a favor de la democracia», rezaba el editorial del *Harare Daily News* de Zimbabue el 5 de diciembre de 2002,

corresponde siempre a la sociedad civil cuando el contexto en el que se encuentra es de opresión política... La capacidad de definir un movimiento social podría ser un punto de partida. Tal y como su nombre indica, los movimientos sociales son organizaciones globales formadas por diferentes grupos de intereses. Los movimientos sociales incluirán a las capas más significativas de la sociedad, como obreros, grupos de mujeres, estudiantes, jóvenes y al estamento intelectual. Estos distintos grupos de intereses de la sociedad estarán unidos por un agravio común que, las más de las veces, será la ausencia, percibida por todas las capas de la sociedad, de democracia en un escenario político determinado. Así ha sido, especialmente, en las últimas dos décadas en la lucha contra la segregación racial en Sudáfrica o, más importante si cabe, la que se ha librado en Zimbabue durante los últimos cuatro años. La única diferencia significativa entre la situación en Zimbabue y el movimiento contra la segregación racial en Sudáfrica estriba en que el primero, por lo

general, no está tan definido y es algo más difuso. De hecho, en Zimbabue, a la gente se le puede perdonar que, en ocasiones, piense que el movimiento social se ha escindido. (*Harare Daily News*, 2002, p. 1.)

Cinco años y medio más tarde, los líderes de la oposición contra el régimen violento y vengativo de Robert Mugabe en Zimbabue seguían lamentando las divisiones que aquella mezcla de represión y cooptación que practicaba el régimen había provocado entre los sufridos ciudadanos de un país sitiado. Munyaradzi Gwisai, un antiguo diputado del Movimiento por el Cambio Democrático (MDC), sostenía que la oposición debía trabajar con la diáspora para «construir un movimiento solidario que agrupara a los movimientos de base, los movimientos sindicales y los movimientos sociales» (BBC, 2007). A pesar de la represión, lo han logrado hasta cierto punto. En marzo de 2008, 3.000 delegados de cincuenta organizaciones cívicas, movimientos sociales, sindicatos y de la «Izquierda Revolucionaria» se reunieron en Harare y crearon una Convención Popular. Aunque el MDC, el principal partido de la oposición, intentó lograr el apoyo electoral de este foro, muchas de las organizaciones participantes votaron en contra de la propuesta, pues deseaban mantenerse al margen de la política electoral (Tonderai, 2008). En abril de 2008 se celebraron los comicios, pero Mugabe se negó a permitir el recuento de las papeletas. El movimiento a favor de la democracia respondió movilizándose. El 5 de mayo de 2008, la organización del movimiento social Mujeres del Zimbabue Levantaos intentó marchar hasta la sede del Tribunal Supremo, en Bulawayo, exigiendo el fin de la violencia política que assolaba al país. La policía detuvo a diez miembros y, presuntamente, golpeó a docenas de mujeres (Rusere, 2008).

La oposición zimbabuense no estaba sola en su deseo de resolver un problema político mediante la creación de un movimiento social. En 1997, el periódico socialista de Manchester *International View-*

point abogó por la creación de un «movimiento social europeo» que defendiera los derechos de los trabajadores en un momento en el que la Comisión Europea se decantaba por recortar el gasto social (*International Viewpoint*, 1997). A pesar de estar radicada en Europa, la red mundial Jubilee 2000 alzó su voz para pedir la erradicación de la deuda del Tercer Mundo. Según uno de sus organizadores,

alrededor de esa causa nació y se articuló un movimiento social global. En 2000, después solamente de cuatro años de campaña, las campañas de Jubilee 2000 habían llegado, con una fuerza y un cariz variables, a 68 países. Las campañas nacionales eran autónomas, pero compartían objetivos, símbolos e información, así como un extraordinario sentido de la solidaridad. Hubo campañas en países tan distintos entre sí como Angola y Japón, Colombia y Suecia, Honduras e Israel o Togo y Estados Unidos. La capacidad para colaborar y coordinar las campañas se benefició en gran medida del uso de Internet. (Pettifor 2001: 62.)

En 2008, muchos europeos confiaban en que las movilizaciones contra el capitalismo global no sólo se convertirían en el movimiento que había de devolver a los obreros europeos su esperanza sino también remediar los problemas del Tercer Mundo.

América Latina y Asia se sumaron a la fiesta: en noviembre de 2007, el periódico de Bangladesh *New Nation* publicó que la Alianza para la Soberanía Alimentaria pedía la creación de un movimiento social contra los alimentos genéticamente modificados, que, en sus palabras, constituían una grave amenaza para la salud humana.

También en Estados Unidos ha habido esperanzados llamamientos para fundar movimientos sociales. En 2007, un grupo de activistas pro derechos humanos se reunió en una conferencia internacional en Berkeley, California, bajo el lema de «Responsabilidad para proteger». Uno de los talleres que se celebraron durante la con-

ferencia sirvió para juntar a varios grupos, entre ellos los Estudiantes de la Fe Progresistas, Amnistía Internacional, el Centro para el Progreso Americano, el Grupo sobre la Crisis Internacional, la Coalición pro Darfur de la Bahía de San Francisco, STAND-UC Berkeley, el Consejo de los Asuntos Mundiales del Norte de California y el Movimiento Federalista Mundial-Instituto para la Política Global, con el fin de discutir la creación de un movimiento social para poner fin a las atrocidades en masa. Ese mismo año, Marc Train, de los Veteranos de Irak contra la Guerra, se manifestó a favor de un movimiento contra la guerra que aglutinara a la gente.

Declaró:

Este modelo también puede servir como fuente de inspiración para que otras organizaciones pacifistas construyan un poderoso movimiento social en este país que permita poner fin a esta guerra y convertir de veras a Estados Unidos en el país que creo que debe ser; el país por el que lucharon y murieron esos patriotas de finales del siglo XVIII que llevan tanto tiempo enterrados. Y cuantos más grupos adopten este modelo, más y más norteamericanos verán que viajamos todos en un mismo barco que naufraga, y más preparados estaremos para coordinarnos y alcanzar el objetivo común, que no es otro que acabar con esta farsa llamada Guerra Global contra el Terrorismo que ya ha ido demasiado lejos y que ya no es (¡jamás lo fue!) motivo de risa. (Train, 2007)

En pleno siglo XXI, gente de todo el mundo vio en la expresión «movimiento social» el toque de rebato, el contrapeso a un poder opresivo, un llamamiento a la acción popular contra un amplísimo abanico de plagas.

Pero no siempre fue así. Aunque hace miles de años que, en todo el mundo, el pueblo se rebela por un motivo u otro, lo que el *Harare Daily News* describió como «organizaciones globales formadas por diferentes grupos de intereses» no existía hace tres siglos en ningún otro lugar del planeta. A finales del siglo XVIII, los habi-

tantes de Europa Occidental y de Norteamérica comenzaron, en un gesto profético, a dar forma a un nuevo fenómeno político, con la creación de los primeros movimientos sociales. Este libro traza la historia de esa forma política inventada. Trata los movimientos sociales como una forma única de la contienda política; contienda por cuanto esos movimientos sociales plantean una serie de reivindicaciones colectivas que, de ser aceptadas, chocarían con los intereses de otras personas; política por cuanto, de un modo u otro, los gobiernos, con independencia de su signo político, figuran en tales reivindicaciones, bien como autores, bien como objeto de la reivindicación, bien como aliados del objeto, bien como árbitros de la disputa (McAdam, Tarrow y Tilly, 2001).

Los movimientos sociales, 1768-2008 demuestra que esta versión particular de la contienda política obliga a un enfoque histórico de una cierta profundidad. La historia es de utilidad porque explica el motivo por el cual los movimientos sociales abrazaron algunos rasgos cruciales (por ejemplo, las marchas callejeras disciplinadas) que distinguieron al movimiento social de otras formas de política. La historia también es de utilidad porque identifica una serie de *cambios* significativos en la labor de los movimientos sociales (por ejemplo, la aparición de actores profesionales debidamente remunerados y de organizaciones especializadas en llevar a la práctica los programas del movimiento social), alertándonos así de la posibilidad de nuevos cambios en el futuro. La historia es de utilidad, por último, porque se centra en las cambiantes condiciones políticas que propiciaron la aparición de los movimientos sociales. Si los movimientos sociales comienzan a desaparecer, su desaparición será la prueba de la debacle de uno de los principales vehículos de participación del ciudadano de a pie en la política pública. El auge y caída de los movimientos sociales marca la expansión y la contracción de las oportunidades democráticas.

A la vista de su desarrollo en Occidente desde 1750, el movimiento social fue el resultado de la síntesis innovadora y trascendental de tres elementos:

1. Un esfuerzo público, organizado y sostenido por trasladar a las autoridades pertinentes las reivindicaciones colectivas (lo denominaremos *campana*).
2. El uso combinado de algunas de las siguientes formas de acción política: creación de coaliciones y asociaciones con un fin específico, reuniones públicas, procesiones solemnes, vigilias, mítines, manifestaciones, peticiones, declaraciones a y en los medios públicos, y propaganda (denominaremos a este conjunto variable de actuaciones: *repertorio del movimiento social*).
3. Manifestaciones públicas y concertadas de WUNC de los participantes: valor, unidad, número y compromiso, tanto de los actores como de su circunscripción (lo denominaremos *demonstraciones de WUNC*).

A diferencia de una petición única, una declaración o una concentración multitudinaria, una *campana* no se detiene en un solo episodio, a pesar de que los movimientos sociales a menudo recurren a peticiones, declaraciones o concentraciones multitudinarias. Una *campana* siempre vincula, como mínimo, a tres partes: el grupo de quienes se atribuyen la autoría de la reivindicación, el objeto u objetos de dicha reivindicación y el público, quienquiera que sea. Aunque las reivindicaciones pueden dirigirse contra funcionarios gubernamentales, las «autoridades» en cuestión también pueden incluir a propietarios, funcionarios religiosos o a otros grupos cuyas acciones (u omisiones) afecten de un modo significativo el bienestar de mucha gente. Lo que constituye el movimiento social no son las actuaciones en solitario de los contendientes, su objeto(s) o su público, sino la interacción entre estos tres elementos. Aun cuando un puñado de fanáticos se entregue en cuerpo y alma al movimiento, el grueso de los participantes divide su tiempo entre la reivindicación pública y otras actividades, como, por ejemplo, la organización cotidiana que hay detrás de una *campana*.

El *repertorio* del movimiento social se solapa con el repertorio de fenómenos políticos como la actividad sindical o las campañas electorales. Durante el siglo xx, las asociaciones con un fin específico, y sobre todo las coaliciones transversales, comenzaron a desarrollar un amplio abanico de actividades políticas por todo el mundo. Sin embargo, la integración de la mayoría o de la totalidad de estas actuaciones en el seno de campañas prolongadas es lo que distingue a los movimientos sociales de otras formas de hacer política.

La expresión «WUNC» resulta extraña, pero alude a algo con lo que estamos familiarizados. Las demostraciones de WUNC pueden adoptar la forma de declaraciones, eslóganes o etiquetas que impliquen las nociones de valor, unidad, número y compromiso: Ciudadanos Unidos por la Justicia, Signatarios de la Promesa, Defensores de la Constitución... Con todo, el colectivo suele representarse a sí mismo a través de un lenguaje con el que el público local está familiarizado, por ejemplo:

- *Valor*: conducta sobria; atuendo cuidado; presencia del clero, de dignatarios o de madres con hijos.
- *Unidad*: insignias idénticas, cintas para el pelo, pancartas o vestuario; desfiles; canciones e himnos.
- *Número*: recuento de asistentes, firma de peticiones, mensajes de las circunscripciones, ocupación de las calles.
- *Compromiso*: desafiar al mal tiempo; participación visible de gente mayor o discapacitada; resistencia ante la represión; hacer ostentación del sacrificio, la adhesión o el mecenazgo.

El lenguaje varía enormemente en función del contexto. Sin embargo, si algo comparten estos lenguajes es la difusión general del WUNC.

Evidentemente, hay precedentes históricos tanto de los tres elementos como de sus subdivisiones. Mucho antes de 1750, por citar un ejemplo obvio, los protestantes europeos habían organizado en

repetidas ocasiones prolongadas campañas públicas en contra de las autoridades católicas para defender su derecho a practicar aquella fe hereje. Durante dos siglos, los europeos se enzarzaron en guerras civiles y revueltas articuladas alrededor de la división entre católicos y protestantes (Te Brake, 1998). En cuanto a los repertorios, ya existían por separado distintas variantes de las asociaciones con un fin específico, las reuniones públicas, las marchas y del resto de formas de acción política mucho antes de que se combinaran en el seno de los movimientos sociales. En breve veremos cómo los pioneros de los movimientos sociales adaptaron, ampliaron y conectaron entre sí estas formas de actuación. Desde hacía mucho tiempo, las demostraciones de WUNC habían sido un elemento habitual en el martirio religioso, el sacrificio cívico y la resistencia a la conquista; lo que distingue a las manifestaciones que llevaron a cabo los movimientos sociales de las realizadas por sus predecesores es la regularización de las mismas y su integración en un repertorio estandarizado. El carácter distintivo de los movimientos sociales no se debe a un elemento en concreto, sino a la *combinación*, durante las campañas, del repertorio y de las demostraciones de WUNC.

Coincidiendo con los movimientos sociales, también aparecieron algunos fenómenos políticos que compartían entre sí algunas características. Tal y como se demostrará detalladamente en capítulos posteriores, las campañas políticas, con sus partidos y sus contiendas electorales, interactuaron generosamente en ocasiones con los movimientos sociales, al tiempo que desarrollaban sus propios repertorios de derechos, obligaciones, personal y prácticas. En diferentes momentos del siglo XIX, los obreros de los países capitalistas se hicieron acreedores, en su mayoría, de los derechos de asociación, reunión, huelga y expresión colectiva; en algunos casos, alcanzaron estos derechos gracias a campañas, actuaciones y demostraciones de WUNC de los movimientos sociales. Otros grupos de intereses organizados, como los fabricantes o los profesionales de la medicina también se hicieron con algunos derechos políticos espe-

ciales, como el de expresión o actuación colegiada; sin embargo, en estos casos, raras veces lo lograron por la intervención de los movimientos sociales. En su mayoría, aquellos grupos que ya manejaban una cantidad considerable de recursos y que tenían contactos y prestigio consiguieron esos derechos a través de la negociación directa con los gobiernos.

Durante los siglos XIX y XX, la mayoría de estados que habían fundado iglesias concedieron a las nuevas sectas religiosas al menos el derecho de reunión y de expresión, e incluso el derecho a imponer su doctrina y sus prácticas entre sus miembros. Algunas comunidades separatistas —ya sean religiosas, políticas o las que propugnan otro estilo de vida— han nacido a rebufo de movimientos sociales, aunque la mayoría de regímenes han reprimido estas comunidades o han limitado considerablemente sus actuaciones. Asimismo, en ocasiones las organizaciones que participan en los movimientos sociales han dado el salto a otras esferas políticas, encabezando campañas políticas, fundando sindicatos, creando grupos de intereses duraderos, convirtiéndose en sectas religiosas o instituyendo comunidades separatistas. Esta mezcolanza no ha de ser obstáculo para admitir que, después de 1750, alrededor de los movimientos sociales surgió un poderoso núcleo de leyes y de prácticas.

INTERPRETACIONES DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

En un libro de 1850 titulado *Historia del movimiento social francés desde 1789 hasta la actualidad*, el sociólogo alemán Lorenz von Stein introdujo la expresión «movimiento social» en los debates académicos sobre las luchas políticas del pueblo (Von Stein, 1959). En un primer momento, la expresión aludía a un proceso continuo y unitario en virtud del cual el conjunto de la clase obrera cobraba conciencia de sí misma y fuerza. Cuando Von Stein escribió su obra, el *Manifiesto comunista* (1848) de Marx y Engels

había adoptado recientemente esas mismas palabras al declarar que «todos los movimientos históricos anteriores fueron movimientos de minorías, o persiguieron los intereses de las minorías. El movimiento proletario es el movimiento consciente e independiente de la inmensa mayoría y obedece a los intereses de la inmensa mayoría» (Marx y Engels, 1958, vol. I, p. 44)

Aun así, los analistas políticos también hablaban de movimientos sociales, en plural: en 1848, el periódico alemán *Die Gegenwart* [El Presente] declaró que «los movimientos sociales no son, por lo general, sino la primera etapa en la búsqueda de un resultado histórico válido» (Wirtz, 1981, p. 20). La mayoría de analistas decimonónicos de los movimientos sociales los distinguían en función de su programa, su organización y su contexto. El propio Engels adoptó la forma en plural en el prefacio a la edición inglesa del *Manifiesto*, de 1888, subrayando que «allá donde los movimientos proletarios independientes siguieron dando signos vitales, fueron perseguidos implacablemente» (Marx y Engels, 1958, vol. I, p. 26). A partir de finales del siglo XIX, los analistas políticos no sólo usaban regularmente el plural para hablar de los movimientos sociales sino que también ampliaron el espectro al que se referían: ahora, no sólo estaban integrados por proletarios organizados, sino también por granjeros, mujeres y una gran variedad de contendientes (Heberle, 1951, pp. 2-11).

Los nombres que reciben los episodios políticos cobran más fuerza cuando la evaluación que se hace de los mismos alcanza una gran difusión y cuando se puede establecer una relación clara entre la adquisición —o la ausencia— de un nombre por parte del episodio y sus consecuencias. Etiquetar un episodio como «disturbios», «una reyerta» o «un ejemplo de genocidio» estigmatiza a quienes participan en él. Decir de un resultado electoral que fue «arrollador» o hablar de victoria militar o de la firma de un acuerdo de paz suele dar más lustre a la reputación de sus artífices. Cuando una u otra cosa suceden a gran escala, tanto los partidarios como los detracto-

res de las acciones objeto de debate intentan conseguir que la etiqueta cale: calificar el encontronazo del enemigo con la policía como «disturbios», llamar «victoria militar» a una situación de tablas, etc. Tal y como indican las noticias que tenemos de Zimbabue, la Unión Europea, Bangladesh y Estados Unidos, la expresión «movimiento social» ha adquirido unas connotaciones atractivas en todo el mundo. Por lo tanto, los participantes, los observadores y los analistas que respaldan un episodio de acción popular colectiva suelen hablar hoy de movimiento social, tanto si ha habido elementos de campaña, repertorio y demostraciones de WUNC como si no.

Sin embargo, la confusión se da con aquellos episodios que, en parte, cumplen claramente con las normas.

1. Los analistas y los activistas a menudo emplean la expresión «movimiento social» de un modo más vago para incluir bajo ese paraguas cualquier actividad de protesta o, cuando menos, todas las protestas populares relevantes con las que están de acuerdo. Las feministas, por ejemplo, incorporan con carácter retroactivo a las heroínas anteriores a 1750 al movimiento feminista, mientras que, para los activistas medioambientales, toda iniciativa popular que se lleve a cabo en cualquier lugar del planeta en nombre del medio ambiente pasa a estar bajo la égida del movimiento ecologista mundial.
2. Los analistas a menudo confunden la acción colectiva de un movimiento con las organizaciones y las redes que respaldan dicha acción, o incluso sostienen que las organizaciones y las redes *conforman* ese movimiento, identificando por ejemplo el movimiento ecologista con la gente, las redes interpersonales y las organizaciones de defensa del medio ambiente antes que con las campañas en las que todos ellos participan.
3. Los analistas a menudo tratan «al movimiento» como a un actor unitario, ensombreciendo así tanto (a) las disputas y los reajustes que constantemente se dan en el seno de los movi-

mientos sociales como (b) la interacción entre los activistas, los votantes, los objetivos, las autoridades, los aliados, los rivales, los enemigos y el público que conforman la textura cambiante de los movimientos sociales.

La inflación del término para que abrace todo tipo de protestas, pasadas o presentes, la refundición del movimiento con la población, las redes o las organizaciones que lo respaldan y el tratamiento de los movimientos como actores unitarios apenas tienen efectos negativos en una discusión política de café. De hecho, en el seno de los movimientos sociales, a menudo resultan beneficiosos en la captación, la movilización y el aliento. No obstante, también repercuten muy negativamente en cualquier intento por describir y explicar el funcionamiento real de los movimientos sociales, sobre todo cuando lo importante es situar a los movimientos sociales en una perspectiva histórica. Esta es la tarea que tenemos entre manos.

Permítanme que exponga claramente mi postura. Nadie tiene el monopolio de la expresión «movimiento social»; tanto los analistas como los activistas o los detractores siguen siendo libres para emplearla a su antojo. Sin embargo, a finales del siglo XVIII, empezó a surgir en los países occidentales una curiosa manera de hacer política pública que cuajó masivamente en Europa Occidental y Norteamérica a principios del siglo XIX, se consolidó hasta convertirse en un conjunto duradero de elementos a mediados de ese mismo siglo, fue evolucionando lenta y progresivamente a partir de ese momento, se propagó por todo el mundo occidental y acabó recibiendo el nombre de movimiento social. Este constructo político combinaba tres elementos: (1) campañas de reivindicaciones colectivas contra las autoridades afectadas; (2) un abanico de actuaciones para llevar a cabo esas reivindicaciones que incluyen a asociaciones con un fin específico, concentraciones públicas, declaraciones en los medios y manifestaciones; (3) manifestaciones públicas del valor, la unidad, el número y el compromiso de la causa. Doy a este constructo histó-

ricamente concreto el nombre de movimiento social. Y este libro repasa su historia.

A pesar de las incesantes innovaciones y de las mínimas variaciones entre un contexto político y otro, los elementos que conforman el movimiento social evolucionaron y se propagaron como un todo interconectado. En este sentido, el movimiento social tiene su propia historia, diferente a la historia de otras formas políticas, como las campañas electorales, las celebraciones patrióticas, las exhibiciones de poderío militar, la toma de posesión de funcionarios públicos o el luto colectivo. Así, cuando este libro habla de movimientos sociales, no alude a todas las acciones populares, a todas las acciones de la gente en nombre de una causa, a todas las personas y organizaciones que respaldan esas mismas causas o a los actores heroicos que han destacado en la historia, sino a un conjunto histórico, concreto, interconectado y cambiante de interacciones y prácticas políticas, a la combinación única de campañas, repertorios y demostraciones de WUNC.

Según estos principios, ¿podemos calificar como movimientos sociales las movilizaciones en Zimbabue, Europa, Bangladesh o Estados Unidos citadas al principio? En su mayoría, sí. En 2007 y 2008, la oposición de Zimbabue empleaba algunos de los mecanismos propios de las reivindicaciones de los movimientos sociales, como las manifestaciones, las reuniones y los comunicados de prensa para plantar cara a un régimen que calificaba de subversivas todas esas reivindicaciones. La campaña en Bangladesh contra los alimentos genéticamente modificados consiguió que granjeros, obreros, organizaciones comunitarias y ONG nacionales y de base aunaran esfuerzos para organizar reuniones y mítines. Ante una Unión Europea cada vez más poderosa y a la vista de la internacionalización del capital, la clase obrera europea llevó a cabo complicados experimentos para trasladar a la esfera internacional las rutinas de los movimientos sociales nacionales con las que ya estaban familiarizados: las cabezas visibles en Europa se implicaron decididamente en la coordinación

de campañas mundiales sobre la deuda del Tercer Mundo, el sida y centenares de cuestiones más. Al alba del siglo XXI, los activistas norteamericanos —tanto los de derechas como los de izquierdas— tenían tras de sí más de doscientos años de asociacionismo, manifestaciones, reuniones y demostraciones de WUNC. En gran parte del mundo, el movimiento social se ha convertido en un vehículo familiar y por lo general fiable de la política popular (Ballard *et al.*, 2006; Buechler, 2000; Edelman, 2001; Ibarra y Tejerina, 1998; Mamdani y Wamba-dia-Wamba, 1996; Nash, 2004; Ray y Fainsod Katzenstein, 2004; Ray y Korteweg, 1999; Tarrow, 1998; Wignaraja, 1993).

En parte a causa del papel incuestionable y predominante en la actualidad del movimiento social, los estudiosos de un movimiento social en concreto apenas han mostrado interés en el lugar que estos ocupan en la historia global de los movimientos sociales como forma de hacer política. En su conjunto, los analistas de los movimientos sociales los consideran más como la expresión de las actitudes, los intereses o las condiciones sociales del momento que como elementos de una historia de largo recorrido. En efecto, los estudiosos de movimientos decimonónicos como el movimiento contra la esclavitud, contra el consumo de alcohol o el sufragista han tenido que contextualizarlos y estudiar su desarrollo histórico (véanse, por ejemplo, d'Anjou, 1996; Buechler, 1990; Drescher, 1986, 1994; Eltis, 1993; Gusfield, 1966; McCammon y Campbell, 2002; Young, 2006). Las presuntas historias de movimientos obreros regionales, nacionales o internacionales a menudo se remontan, en busca de precedentes, a mucho antes de sus días de esplendor durante el siglo XIX, y con frecuencia no se detienen en aquellos movimientos que se ocupaban específicamente del bienestar del proletariado sino que exploran un espectro mucho más amplio (véanse Bogolyubov, R'izhkova, Popov y Dubinskii, 1962; Dolléans y Crozier, 1950; Kuczynski, 1967a, 1967b; Zaleski, 1956).

Del mismo modo, a menudo los grandes estudios sobre protestas, violencia y conflicto político diseccionan la actividad del movimien-

to social (véanse Ackerman y DuVall, 2000; Botz, 1976, 1987; Brown, 1975; Gilje, 1987, 1996; Grimsted, 1998; Lindenberger, 1995; McKivigan y Harrold, 1999; Mikkelsen, 1986; Olzak, 2006; Tilly, Tilly y Tilly, 1975; R. Tilly, 1980; Walton y Seddon, 1994; Williams, 2003). Sin alejarnos demasiado de ese ámbito, la abundante literatura histórica sobre política, vigilancia y represión a menudo retrata, tangencialmente, los movimientos sociales desde ópticas poco habituales (véanse Balbus, 1973; Broeker, 1970; Bruneteaux, 1993; Cunningham, 2005; Earl, Soule y McCarthy, 2003; Emsley, 1983; Emsley y Weinberger, 1991; Fillieule, 1997b; Goldstein, 1983, 2000, 2001; Gurr, 2000; Huggins, 1985, 1998; Husung, 1983; Jessen, 1994; Liang, 1992; Lüdtke, 1989, 1992; Monjardet, 1996; Munger, 1979, 1981; Palmer, 1988; Storch, 1976; Wilson, 1969).

Algunas actuaciones concretas del movimiento social, como por ejemplo las marchas y las manifestaciones en Francia o Irlanda, han dado pie a relatos históricos formidables (Blackstock, 2000; Farrell, 2000; Favre, 1990; Fillieule, 1997a; Jarman, 1997; Mirala, 2000; Pigenet y Tartakowsky, 2003; Robert, 1996; Tartakowsky, 1997). Asimismo, los libros de historia social o política en un sentido más amplio a menudo prestan más atención a los movimientos sociales al tiempo que trazan su evolución histórica de un modo más genérico (por ejemplo, Anderson y Anderson, 1967; Cronin y Schneer, 1982; González Calleja, 1998, 1999; Hobsbawm, 1975, 1988, 1994; Montgomery, 1993). Todos estos tipos de estudios históricos nos serán de utilidad en capítulos posteriores. Con todo, ni siquiera tomados en su conjunto presentan una historia coherente del movimiento social en tanto que fenómeno político que sea comparable, por ejemplo, a las historias sobre las elecciones legislativas, los partidos políticos, las revoluciones o los golpes de Estado.

Para algunos países o períodos determinados, existen estudios históricos de carácter general sobre los movimientos sociales (véanse, por ejemplo, Ash, 1972; Bright y Harding, 1984; Burke, 1988; Castells, 1983; Clark, 1959; Clark, Grayson y Grayson, 1975; Duy-

vendak, van der Heijden, Koopmans y Wijmans, 1992; Fredrickson, 1997; Gamson, 1990; Kaplan, 1992, Klausen y Mikkelsen, 1988; Kriesi, Koopmans, Duyvendak y Giugni, 1995; Lundqvist, 1977; Nicolas, 1985; Tarrow, 1996; Wirtz, 1981). En una de las afirmaciones más certeras de que disponemos sobre este ámbito, John Markoff aborda con gran destreza los problemas explicativos que se plantean:

Los movimientos sociales tal y como los conocemos en la actualidad empezaron a florecer en Inglaterra a finales del siglo XVIII y arraigaron en Europa, Estados Unidos y demás lugares durante el siglo XIX. Para entender el motivo, debemos considerar una serie de cambios relacionados entre sí: un gobierno reforzado y un rey debilitado; un pueblo que se organizaba para plantear sus reivindicaciones ante esos gobiernos; una elite política propensa a afirmar que gobernaban en nombre del pueblo; las mejoras en los sistemas de transporte y en las relaciones comerciales que permitieron acercar a pueblos alejados entre sí; el inicio de la alfabetización generalizada y la aparición de nuevos medios de comunicación que propiciaron que grupos de gentes separados geográficamente tuvieran la sensación de moverse a un mismo ritmo. (Markoff, 1996b, p. 45)

En general, sin embargo, estos estudios subordinan la historia a otras líneas de análisis, como la demostración que hace S. D. Clark de las diferentes trayectorias de los movimientos canadiense y norteamericano a partir de los años treinta del siglo XIX, o la investigación llevada a cabo por William Gamson para determinar si, durante el siglo XX, se redujeron en Estados Unidos las oportunidades políticas. El propio Markoff supedita su análisis de la formación y la transformación de los movimientos sociales a la difusión de la democracia. Regresaré a estos estudios en repetidas ocasiones, así como a otros estudios históricos sobre determinados movimientos. Presto asimismo una atención especial a cronologías y a catálogos como los de Gamson porque nos proporcionan material para establecer comparaciones y ofrecen pruebas sistemáticas de los cam-

bios (Tilly, 2002b). Con todo, el análisis histórico aquí contenido ha exigido intercalar, sintetizar y recuperar una gran cantidad de textos procedentes de mis propias investigaciones históricas.

La historia del movimiento social plantea una nueva versión de un problema característico del análisis político. Sin lugar a dudas, los movimientos sociales tienen una historia única e interrelacionada. Este libro se limita a repasar esa historia. Las tentaciones, poderosas y en gran medida contrapuestas, que se derivan de este cometido son dos. Por un lado, está la tentación de tratar el movimiento social como un fenómeno *sui generis* y lanzarse a buscar los principios generales de su funcionamiento, una tentación compartida por los estudiosos de revoluciones, huelgas prolongadas o campañas electorales. No obstante, la búsqueda de leyes generales comparables a las leyes de la mecánica de Newton para explicar los asuntos de la humanidad se ha saldado con un fracaso en toda regla. Aunque es posible que existan leyes así (bajo la forma, por ejemplo, de postulados universales genéticos o evolucionistas), no cabe duda de que no son aplicables a procesos o a estructuras concretas como las iglesias, las multinacionales, las revoluciones o los movimientos sociales. Quien quiera explicar las estructuras o los procesos políticos con los datos de que disponemos en la actualidad hará un mejor servicio a la causa poniendo en orden la cantidad limitada de mecanismos causales que provocan el cambio y las variaciones, así como los rasgos más destacados de esas mismas estructuras y procesos. Este esfuerzo pasa necesariamente por distanciarse de las «leyes» de los movimientos sociales para explorar las analogías y las relaciones causales que hay entre los diferentes aspectos de los movimientos sociales y demás formas de política (Goldstone, 2003; Tilly, 2001a, 2001b; Tilly y Tarrow, 2007; Tilly, 2008). Las explicaciones de los movimientos sociales y su historia han de ir de la mano de las explicaciones de otras formas de contienda política.

Este objetivo, sin embargo, acarrea la tentación opuesta: una vez se ha observado la existencia de una cierta regularidad a peque-

ña escala en los movimientos sociales, cabe la posibilidad de ver movimientos sociales por doquier. Por separado, a menudo se dan, fuera del ámbito de los movimientos sociales, campañas, actos como reuniones públicas o peticiones o demostraciones de WUNC, como lucir una insignia o hacer un sacrificio evidente; sucede en las iglesias, en las escuelas, en las multinacionales, en las comunidades intelectuales... (Binder 2002; Davis y Thompson, 1994; Davis, McAdam, Scott y Zald, 2005). En ocasiones, por analogía, atraen para sí incluso la etiqueta de «movimiento». Fijémonos en el movimiento conocido como milicias que surgió en Estados Unidos en los años noventa. A lo largo y ancho del país, centenares de pequeños grupos vagamente conectados entre sí se vistieron con ropa militar, llevaron a cabo simulacros militares, distribuyeron textos apocalípticos, se declararon ajenos a la jurisdicción norteamericana —incluida la obligación de pagar impuestos— y empezaron a prepararse para el Apocalipsis que sus líderes habían presagiado para el año 2000. El Centro de Leyes para la Pobreza en el Sur, que estudia de cerca estos grupos, fijó en 858 el número de milicias que existían en el país en 1996, el momento álgido del fenómeno, una cifra que se redujo hasta 43 en 2007 (*Economist*, 2003a, p. 22; Southern Poverty Law Center, 2008).

Si estos grupos hubieran combinado las campañas con las actuaciones de los movimientos sociales y las demostraciones de WUNC, no cabe duda de que habrían entrado en el terreno de los movimientos sociales en sentido estricto. Si, por otro lado, algunos de ellos ya organizados, como el Partido de las Milicias, hubieran comenzado a presentar candidatos a las elecciones locales o estatales y hubieran empezado a comprar espacios en las cadenas de televisión locales, se habrían decantado por otra de las formas existentes de la política pública: la campaña electoral. Ante la improbabilidad de que se produzcan unos cambios estratégicos como estos, antes que decir que las actividades de las milicias «realmente son» movimientos sociales es mucho más apropiado admitir que nos encontramos ante otra

forma de contienda política. Este reconocimiento nos permite estudiar sus similitudes con los movimientos sociales, así como los problemas únicos que se plantean a la hora de explicar esos grupos.

También aparecen de vez en cuando analogías con los movimientos sociales en mundos tan respetables como el de la ciencia o el de la medicina, aunque en este caso la situación no da lugar las más de las veces a movimientos sociales como tales. Veamos un ejemplo: las disputas que recientemente se han producido a propósito del agua en la cuenca del río Klamath, cerca de la frontera entre California y Oregón. El nacimiento del Klamath, en el lago Upper Klamath, rodeado por un desierto, es la fuente de irrigación para muchos granjeros de secano de las tierras altas. Sin embargo, las aguas también llegan a las tierras bajas, donde se encuentran los criaderos de salmones y donde las tribus klamath se aferran a los derechos que les otorgan los tratados de pesca que se derivan del acuerdo que alcanzaron con Estados Unidos en 1864. En 2002, un informe de la Academia Nacional de Ciencias concluyó que «no [había] una base científica sólida» para interrumpir el flujo de irrigación y enviar así más agua a las piscifactorías situadas río abajo. La declaración de los científicos no satisfizo a ninguna de las partes, ni siquiera a los biólogos que apoyaban a uno u otro bando. «La conclusión del informe», escribió el periodista de la revista *Science* en Klamath Falls, Oregón,

llevó a esta pequeña comunidad agrícola a denunciar que las agencias federales solamente apoyaban «la ciencia basura» y provocó un llamamiento para reformar o derogar la Ley de Especies Protegidas. Sin embargo, durante el año pasado, también dio pie a las protestas, más discretas, de los biólogos de las piscifactorías. Aseguraban que los análisis del informe eran simples, sus conclusiones exageradas y —tal vez la acusación más grave— que el informe no sólo había provocado un claro sentimiento de rechazo hacia la ciencia, sino que había socavado la credibilidad de muchos de los experimentos que se estaban llevando a cabo en la región. (Service, 2003, p. 36.)

Los grupos de signo contrario están claramente inmersos en campañas y de vez en cuando recurren a actos como conferencias de prensa para dar a conocer sus reivindicaciones. Si los granjeros, los biólogos o los miembros de las tribus klamath empezaran a combinar las campañas públicas, las actuaciones de los movimientos sociales y las demostraciones de WUNC en unas reivindicaciones duraderas contra las autoridades federales o contra la Academia Nacional de Ciencias, llevarían su pugna al terreno de los movimientos sociales. También podrían adoptar las estrategias públicas de las campañas electorales —o, en última instancia, instaurar la figura del lobbista, abrir una oficina en Washington o distribuir publicaciones para difundir su causa, acercándose así a los grupos de intereses ya existentes. Entretanto, sin embargo, entenderemos mejor sus acciones si identificamos los puntos en común y las divergencias y no tratamos el problema de la cuenca del Klamath como una variante más de movimiento social. Otro tanto podemos decir de las disputas similares que se producen en el seno de iglesias, multinacionales, escuelas, disciplinas intelectuales, universos artísticos y vecindarios (Davis, McAdam, Scott y Zald, 2005). Precisamente por eso, el proyecto histórico de describir los mecanismos políticos únicos del movimiento social se enmarca en un programa mucho más amplio: explicar de la mejor manera posible la contienda política.

HACIA UNAS EXPLICACIONES HISTÓRICAS

Este proyecto, por lo tanto, lo forman cuatro aspectos interrelacionados. En primer lugar, debemos trazar los orígenes y las transformaciones que se han producido en los principales elementos del movimiento social: campañas, repertorios y demostraciones de WUNC. Por ejemplo, ¿cómo algo hoy tan habitual como las manifestaciones callejeras cobró forma e incluso adquirió un incómodo

estatuto legal en la mayoría de países democráticos? En segundo lugar, debemos descubrir los procesos sociales que alientan o inhiben la proliferación de movimientos sociales. A la vista de la significativa aunque todavía incompleta correspondencia existente entre democratización y movimientos sociales, por ejemplo, ¿qué relaciones causales explican dicha correspondencia? En tercer lugar, debemos examinar cómo interactuaron los elementos de los movimientos sociales con otras formas de hacer política. ¿Hasta qué punto y cómo, por ejemplo, se interrelacionaron y se influyeron mutuamente las huelgas industriales, las campañas electorales y los movimientos sociales? Por último, debemos demostrar qué causas provocan los cambios y las importantes variaciones que se dan en los movimientos sociales. ¿Acaso, por ejemplo, la aparición de la figura del intermediario político profesional ayuda a explicar la formación de un sector especializado e interconectado de organizaciones del movimiento social en las principales democracias capitalistas (Ibarra, 2003; Meyer y Tarrow, 1998)? Un análisis histórico atento permitirá dar respuesta a estos cuatro tipos de preguntas.

Siguiendo esa línea de investigación, expongo aquí las tesis principales de este libro.

Desde su aparición en el siglo XVIII, los movimientos sociales no sólo han progresado gracias a sus actuaciones individuales, sino gracias también a campañas interactivas. Al igual que las campañas electorales, las revueltas populares o las movilizaciones religiosas son el producto de las interacciones entre grupos de reivindicadores temporalmente vinculados (y a menudo cambiantes) y los objetos de sus reivindicaciones, aunque no podemos pasar por alto a terceros (votantes, aliados, reivindicadores rivales, enemigos, autoridades y otros grupos de gente) que desempeñan a menudo un papel importante conforme la campaña avanza. Para explicar las variaciones y los cambios en los movimientos sociales no sólo hay que prestar atención a los principales reivindicadores, sino también a otros actores políticos, como la policía, a la que los manifestantes

se enfrenta, con la que colabora o junto a la que desarrolla sus estrategias.

Los movimientos sociales combinan tres tipos de reivindicaciones: programáticas, identitarias y de posición. Las reivindicaciones de índole programática conllevan una declaración clara de adhesión o de rechazo por parte de los objetos de las reivindicaciones del movimiento a las acciones reales o propuestas. Las reivindicaciones de índole identitaria se componen de afirmaciones de que «nosotros» —los reivindicadores— somos una fuerza unificada a la que hay que tener en cuenta. Las demostraciones de WUNC (valor, unidad, número y compromiso) respaldan las reclamaciones identitarias. Las reclamaciones sobre la posición refuerzan los vínculos y los puntos en común con otros actores políticos, por ejemplo las minorías excluidas, los colectivos ciudadanos debidamente constituidos o los fieles defensores del régimen. En ocasiones, aluden a la posición de *otros* actores políticos, por ejemplo en los llamamientos para expulsar a inmigrantes o para privarlos de la ciudadanía. Las reivindicaciones relacionadas con aspectos programáticos, identitarios o con cuestiones relativas a la posición se ajustan a unos códigos parcialmente distintos, fruto de la propia historia política de cada régimen: los habitantes de Zimbabue y los norteamericanos no manifiestan el valor colectivo del mismo modo, ni pueden hacerlo.

La importancia relativa de las reivindicaciones programáticas, identitarias o sobre posición varía significativamente entre un movimiento social y otro, entre un reivindicador y otro en el seno de un mismo movimiento y entre las diferentes fases de cada movimiento. Una parte importante de las negociaciones que se llevan a cabo en el seno de los movimientos sociales se centran, en efecto, en la importancia relativa que se concederá a cada una de las reivindicaciones; ¿debemos presentarnos, por ejemplo, como una alianza duradera de individuos privados de sus derechos que han decidido plantar cara a este programa gubernamental (y que mañana podrían alinearse con otro) o como un sector diferenciado del conjunto de la

población cuyo nexo es el perjuicio que este programa en concreto nos causará y que, por lo tanto, tal vez nunca más volvamos a reunirnos para reivindicar otra causa?

La democratización fomenta la formación de movimientos sociales. Por democratización, entendemos el desarrollo de regímenes formados por una ciudadanía relativamente amplia y con los mismos derechos; que organiza consultas vinculantes con los ciudadanos a propósito de las políticas gubernamentales, de su personal y de sus recursos, y que ofrece un cierto grado de protección a los ciudadanos contra las actuaciones arbitrarias de los agentes gubernamentales (Tilly, 2004, 2007). De hecho, la democratización limita hasta qué punto es factible y eficaz la acción colectiva popular. Las instituciones democráticas, por ejemplo, inhiben por lo general las revueltas populares de cariz violento (Tilly, 2006). Sin embargo, la elección de ciudadanos de resultados de unas elecciones reñidas y demás consultas se combina con mecanismos de protección de las libertades civiles como el derecho de asociación y de reunión para vehicular las reivindicaciones populares a través de los canales del movimiento social.

Los movimientos sociales afirman la soberanía popular. Aunque cada movimiento se diferencia claramente del otro en su definición del concepto de «gente», todo el aparato de la campaña, el repertorio y las demostraciones de WUNC no es sino el reflejo de una reivindicación más genérica que reza que las cuestiones públicas dependen, y deberían depender, del consentimiento de los gobernados. Las reivindicaciones no tienen por qué ser necesariamente democráticas, ya que los movimientos étnicos, religiosos y nacionalistas en ocasiones se ponen en manos de un líder carismático en lugar de regirse por un proceso de deliberación democrática, al tiempo que insisten en que esos líderes representan la voluntad popular. Estos movimientos, además, a menudo prescinden de categorías enteras de la población local, a las que consideran indignas de pertenecer al «pueblo». No obstante, la importancia del consenti-

miento popular ataca frontalmente el derecho divino en el que se amparan la monarquía, los gobiernos hereditarios, el control que ejercen los señores de la guerra y el predominio de la aristocracia. Incluso en sistemas de gobierno representativo, como pronto veremos, los movimientos sociales plantean una cuestión fundamental: ¿la soberanía y su sabiduría acumulada yacen en la asamblea legislativa o en el pueblo al que dicen representar?

Comparados con otras formas de política popular más afianzadas a escala local, las dimensiones, la vigencia y la eficacia de los movimientos sociales dependen en gran medida del trabajo de emprendedores políticos. Las rutinas locales de respuesta, revuelta y resistencia que triunfaron en buena parte del mundo antes de la época de los movimientos sociales se inspiraban en un saber local que estaba al alcance de una mayoría de la población y en las redes interpersonales existentes. La combinación que llevan a cabo los movimientos sociales de campañas, demostraciones de WUNC y actuaciones coordinadas, por su parte, siempre es el resultado, cuando menos parcialmente, de un proceso de planificación, de suma de apoyos y de eliminación de las diferencias locales. Como no tardaremos en ver, ya desde los inicios de los movimientos sociales, detrás de las campañas, las actuaciones y las demostraciones de WUNC de los movimientos sociales ha habido hábiles emprendedores políticos. Durante los siglos xx y xxi, sin embargo, los organizadores políticos profesionales, los intermediarios y una serie de organizaciones no gubernamentales y en cierta medida autónomas fueron cobrando más y más peso en el fomento de los movimientos sociales, para consternación de sus detractores populistas. Irónicamente, una parte importante del trabajo que han llevado a cabo los movimientos sociales durante los siglos xx y xxi fue enmascarar el esfuerzo de estos profesionales en beneficio de unos escenarios que presentaran la aparición espontánea de WUNC.

En cuanto los movimientos sociales se enmarcan en un contexto político determinado, los procesos imitativos, la comunicación y la

colaboración facilitan su adopción por parte de otros contextos relacionados. A menudo, en un mismo régimen, los focos iniciales de los movimientos sociales —las más de las veces se trata de reivindicaciones dirigidas contra los gobiernos nacionales— ceden su lugar a otras demandas o peticiones de apoyo, por parte de líderes locales, terratenientes, capitalistas o figuras religiosas. Esta transferencia de las estrategias de los movimientos sociales también se observa entre regímenes conforme los organizadores políticos, los exiliados y los miembros de grupos religiosos internacionales colaboran allende sus fronteras nacionales y a medida que los gobernantes de regímenes autoritarios (sobre todo aquellos que afirman gobernar en nombre de un pueblo unido y coherente) se ven presionados por otros países para hacer algunas concesiones a sus detractores. La miríada de países que ya cuentan con unos movimientos sociales consolidados son un entorno propicio para el aumento de la actividad de los movimientos sociales.

Las formas, personal y reivindicaciones de los movimientos sociales varían y están sujetas a un proceso de evolución histórica. Existen tres fuentes de cambio y variación en los movimientos sociales, diferenciadas aunque interrelacionadas, que provocan variaciones tanto en términos de espacio como de tiempo. En primer lugar, los entornos políticos globales (incluida la democratización y la pérdida de la democracia) alteran parcialmente la independencia del movimiento social e inciden en su carácter. En segundo lugar, en las interacciones que se producen en el seno de los movimientos sociales (por ejemplo, las interacciones entre los manifestantes y la policía), el cambio responde cada vez más a la innovación constante, la negociación y el conflicto. En tercer lugar, quienes participan en los movimientos sociales —incluimos aquí no sólo a los activistas, sino también a las autoridades y a otros objetos de las reivindicaciones— se comunican entre sí y adoptan y adaptan las ideas del prójimo, el personal, los mecanismos de ayuda, la retórica y los modelos de actuación. También adoptan, adaptan e innovan al tiem-

po que compiten entre sí para obtener unas determinadas ventajas o para ganarse para la causa a una circunscripción. En ocasiones, esta adopción y esta adaptación se producen en espacios separados entre sí por muchos kilómetros y tienen como protagonistas a movimientos sociales bastante dispares (Chabot, 2000; Chabot y Duyvendak, 2002; Scalmer, 2002b). Los cambios en los entornos políticos, el crecimiento en el seno del movimiento social y las transferencias entre movimientos provocan, combinados, cambios y variaciones sustanciales en el cariz de los movimientos sociales.

En tanto que institución inventada, el movimiento social podría desaparecer o transformarse en una forma política muy distinta. Así como muchas formas de justicia y revuelta popular que triunfaron en el pasado prácticamente han desaparecido, no tenemos garantía alguna de que el movimiento social que se ha impuesto durante dos siglos pervivirá para siempre. Comoquiera que el movimiento social se propagó con el crecimiento de los Estados centralizados y relativamente democráticos, la descentralización gubernamental, la privatización a gran escala de actividades gubernamentales, la pérdida de peso del Estado en beneficio de poderes transnacionales o un retroceso generalizado de la democracia, por ejemplo, podrían dejar fuera de circulación a los movimientos sociales tal y como los conocemos. En efecto, con todos los cambios a los que la gente se refiere vagamente con el apelativo de «globalización» en marcha, el futuro que tienen ante sí los ciudadanos que confían en los movimientos sociales para hacer oír su voz no es nada halagüeño.

Este libro estudia estos argumentos a partir de un análisis histórico claro. El capítulo 2 se ocupa de la invención del movimiento social en el siglo XVIII y, aunque se concentra en Estados Unidos e Inglaterra, también repasa brevemente otras zonas de Europa Occidental. El capítulo 3 recorre el siglo XIX, una época que asistió a un crecimiento magnífico de los movimientos nacionales e internacionales en Occidente y durante la que también aparecieron algunos en las colonias europeas. El capítulo 4 se centra en el siglo XX, una

etapa de proliferación a escala mundial de la actividad de los movimientos sociales. El capítulo 5 se interesa por el siglo XXI y aborda el desarrollo que se ha vivido en las comunicaciones a escala internacional y en la coordinación entre los activistas de los distintos movimientos sociales.

Llegados a ese punto, el enfoque relativamente cronológico de este libro cede su lugar a una serie de preguntas acuciantes motivadas simplemente por la historia. El capítulo 6 analiza qué nos enseñan los capítulos anteriores acerca de la influencia mutua entre democratización y movimientos sociales: cuándo, cómo y por qué la democratización fomenta los movimientos sociales, así como en qué condiciones y de qué modo los movimientos sociales fomentan la democratización o el retroceso de la democracia. Por último, el capítulo 7 expone una serie de conclusiones al tiempo que se pregunta por el posible futuro que aguarda al movimiento social. Entre esta página y el final del libro, conoceremos la dramática historia de los movimientos sociales, un relato que prácticamente jamás admiten las personas implicadas en los movimientos sociales y que les serviría de mucho si la aceptaran.